

MANUEL SCORZA

EL JINETE INSOMNE

NOVELA



Desde que el agua del río se detiene hasta la gran matanza de campesinos que encierra este tercer volumen, el relato de Scorza rescata la historia, los hechos y los personajes de la comunidad de Yanacocha en el Perú. Con aliento que mezcla la realidad y la invención en una conmovedora cosmovisión épica, este volumen continúa el vasto fresco que, a lo largo de cinco novelas —que le autor llama «baladas» o «cantares»— se constituye en una unidad independiente, las cinco se suceden en una secuencia que las convierte en partes de un todo. ***Redoble por Rancas*** y ***Garabombo, el invisible*** anteceden a ***El jinete insomne***. Y la historia continúa en el relato de las hazañas que constituyen el cuarto tomo titulado ***Cantar de Agapito Robles***.

A papá, donde esté.

1

DE CÓMO EL RÍO CHAUIHUARANGA SIGUIÓ
APELLIDÁNDOSE CHAUIHUARANGA PERO
CESÓ DE SER RÍO

Yo fui el primero en percatarme de la pereza del agua. Vivo cerca de Racre, en una casucha que respetan las crecidas: conozco todas las mañan del Chaupihuaranga. Una mañana de agosto (pero quizás era diciembre) queriendo encerrar unas truchas en un brazo de agua, me extrañó la flojera del río. Convaleciente de fiebres traídas de un viaje a Huánuco, la diarrea me obligó a buscar al medio día unos arbustos cerca del río. Entonces miré las *mismas* aguas. Me alarmé pero preferí esperar. Para no inquietarme gasté el día afilando tijeras. Más calmado, volví a la orilla al atardecer. El agua se empecinaba. No queriendo apresurar juicios, me arriesgué a una prueba. El jueves (pero quizás era viernes o lunes) viajé a Yanahuanca. ¡Ojo! No me franqueé con nadie. Sin comerciar palabra compré una onza de anilina morada. La mañana del viernes (pero quizás era martes) sembré el tinte en el río. El morado delataría la velocidad del agua. Por el color pretendía sondear las intenciones del Chaupihuaranga. Vacíe la bolsita en la corriente y me alejé. El fervor del sol maltrataba la tierra. Sofocado busqué pen-

cas, comí tunas, y más tranquilo, casi sosegado, me adormecí bajo los molles. Y yo, que jamás sueño, soñé con mi padre. Se me apareció cargado de alforjas llenas de agua. Me asusté pero mirando el rostro sereno del ausente me calmé, le besé la mano. Chorreando agua mi viejo se sentó en un poyo y preguntó por parientes y amigos. Antes que respondiera, averiguó «¿No tienes comida?». Le brindé los restos de una pierna de carnero. Mi viejo la devoró despreciando el agua que pavimentaba el suelo, que escondía las patas de la silleta, que me rebasaba la cintura. Sin esperar un segundo ofrecimiento descolgó la otra mitad del carnero, recogió todo el charqui y el maíz que colgaban de las vigas y gritó:

—«Lléname bien las alforjas, Magdaleno, porque pronto no habrá. ¡Se acerca la hambruna final!

Sin dejar de masticar se carcajeó groseramente, como jamás osó en vida.

—¡No seas huevón Magdaleno! Trata de comer todo lo que puedas. ¡Aprovecha ahora porque pronto te comerás los codos!».

Se convirtió en cuy y desapareció. Desperté con la mano pesada sobre el corazón. Era el atardecer. Con la boca abrasada me aproximé a la orilla. Mi pavor descubrió que el morado *seguida* allí, a una vara de la misma retama. ¿Era viernes o lunes? Alarmado pero sospechando que el tunante de Cisneros me había endilgado una «anilina podrida» el sábado (pero quizás era jueves) viajé a Yanahuanca: quería percatarme de la calidad del tinte. Esta vez compré tres onzas de anilina roja, verde y naranja, en tres tiendas diferentes, a cuyos propietarios previne que quería «teñir un manto para la Virgen del Socorro». Así, con lo sagrado, creí ahuyentar pendejadas. Sin descoser la boca volví a mi estancia. El «domingo» me adentré en la «corriente» y con el agua hasta el pecho espolvoreé los colores en tres lugares diferentes: el rojo cerca del molle desmochado por el rayo, el verde junto al cuajaron morado y el naranja, a la derecha,

donde meses antes la correntada se llevó mi vaquilla Vaca. No me sentía bien. Al atardecer vencí la tentación de aproximarme al río. El «lunes» se me desbocaron los ojos: ¡las islititas rojas, verdes y naranjas seguían allí!

Partí de Yanacocha para informar a nuestro presidente, pero don Raymundo Herrera estaba en Tapuc apadrinando la última hazaña del octogenario Medardo Ruiz. ¡Bautizo fatal! Porque justo cuando el padre Chasán conjuraba a Satanás tropecé con la bellaquería de los Margarito. Mi malestar persistía. La neblina enfriaba el perfume de los eucaliptus pero mi cuerpo ardía. Descendí a la pulpería «El Chinito» donde los Margarito celebraban la venta de un toro que desde luego no habían criado. ¡Qué mala pata! Sin saludar pedí dos cañazos que don Glicerio Cisneros sirvió muy asombrado. Porque yo soy morigerado. Y los Margarito —¡malditas sean sus estampas!— descubrían ahora que yo era un borrachín.

—Qué bien guardadito se lo tenía, don Magdaleno.

—¡Esto merece celebrarlo! No hay primera sin segunda —dijo doña Facunda—. Sívale otra a don Magdaleno que por fin se digna visitar a los pobres.

—No hay nada que celebrar. Habría más bien que preocuparse.

—A «don preocuparse» lo mataron en la guerra con Chile de un bacinicazo. ¡Ja, ja, ja!

Los ignoré.

—¿Ha visto, don Glicerio, lo que le pasa al Chaupihuaranga?

—Estará corriendo —me contestó el cantinero.

—Desgraciadamente se está parando.

—En Yanahuanca, ya que no se nos para la pinga, por lo menos que se nos pare el río —baboseó el menor de los Margarito.

Me acaricié la calentura de la frente.

—Hace días que el agua cojea. Ayer...

—No se me haga, don Magdaleno. Lo que usted quiere es que coticemos para una muleta.

—Mulita, dirás. Bájese otro pomo, don Glicerio.

Me fui. Póngase en mi lugar. ¿Qué haría usted si abandonando su esquila caminara dos leguas para comunicar la calamidad del río y si por premio de su preocupación le contestan que «usted dice eso porque no se le para»? ¡Margaritos sietemesinos o quincemesinos!

Tres semanas después el Chaupihuaranga se detuvo definitivamente.

Todos los inviernos su correntada vara cabritos, vacas, burros y hasta arrieros ahogados. ¡Pues se atontó al extremo de convertirse en charca! ¿Qué creen que pasó? ¿Protestaron las autoridades? ¿Se notificó algo a la prefectura? ¡Los yanahuanquinos se alegraron! ¡Hágame el favor! Para disculparse dicen hoy que «los yanacochanos tampoco abrieron la boca». El domingo pasado, durante la fiesta con que los Carbajal celebraron la libertad de Isaac, aclarando estas barbaridades, yanahuanquinos y yanacochanos nos agarramos a trompadas. En la borrachera don Edmundo Ruiz nos abaldonó.

—¿De qué lago hablan? Ustedes los yanacochanos también callaron. ¿Por qué? ¿Por qué se metieron la lengua donde les dije?

—En ese tiempo Yanacocha no era puerto —eructó Isaac Carbajal.

Don Edmundo Ruiz se chupó. Es cierto. Él sabe que Yanacocha, Chipipata, Racre, Uspachaca, Tapuc y Huaylasjirca no eran puertos entonces. Yo recorrí todo el rumbo como clarinete de la orquesta de los Huamán. ¡Cómo no voy a saber cuándo esos anexos se volvieron marítimos! El Chaupihuaranga se fue parando, parando, parando hasta que la corriente renunció; mejor dicho renunció en la provincia. Leguas arriba o leguas abajo siguió siendo infranqueable. Pasando Uspachaca, creyendo que todo el Chaupihuaranga dormitaba, quise vadear una vaca de mi tío Pedro Caucha.

¡Hasta ahora estoy pagándola! Pero eso fue allá, porque aquí el río se cubrió de totora. ¿La gente pestañeó? No es que yo quiera prendérmeles a los Margarito (aunque hasta ahora estoy buscando mi caballo Potro) pero ¿quién entró al pueblo gritando que «para agarrar truchas basta meter la mano en el lago»? Lo peor: era verdad. El río, la laguna o lo que fuera, negreaba de truchas. Esto nos consoló a los tontos. Yo también me alegré. Todo el Chaupihuaranga era una charca donde se desesperaban las truchas prisioneras. ¡Imagínese! ¡Mundos de truchas confundidas en el agua parada! ¿Ve esos eucaliptus? Pues desde allí hasta el bosque de la Compañía Huarón, todo era agua. ¡Qué pesca, señor! Con canasta, con baldes, con cedazos y hasta con las manos, como aseguraban los vendidos de los Margarito, agarrábamos los peces. ¿Sabe a cuánto llegó a venderse la trucha? La docena se remataba a diez centavos. ¡Doce truchas por diez centavos! ¿Se imagina? Usted mismo le compró una sarta de truchas a Brazo de Santo. Después resultó que eran robadas. En eso no me meto.

Así comenzó la parálisis del Chaupihuaranga. Luego se detuvieron los demás ríos. ¡Ojalá hubieran sido ellos los únicos en volverse inválidos!

2

DE LA SORPRESA QUE DON RAYMUNDO HERRERA SE LLEVÓ EL DÍA QUE RECUPERÓ EL TÍTULO DE LA COMUNIDAD DE YANACOCCHA

El frío crepitaba en los eucaliptos. Tordos excitados celebraban la luz. Mareado por un presentimiento fulgurante, don Raymundo Herrera se levantó del poyo de piedra donde —más abrigado por su cólera que por su poncho— espiaba el día. Sin pronunciar palabra entró en su casa, preparó un café aguachento, cortó pan y quesillo. Clareaba. Desoyendo el asombro de Mardonia Marín, su mujer, que jamás lo había visto desperdiciar comida, dejó el alimento intacto, se levantó, preparó una alforja sumaria, desdeñó la frazada, cruzó el alfalfar donde pastaba Cortavientos, su caballo manso y menudo. Con gestos lentos lo ensilló. Retrocedió.

—Nuestro pueblo tiene un Título de propiedad expedido por el rey de España en 1705. Voy a recuperarlo —anunció.

—¿Cuántos días estará ausente, señor? —le preguntó Mardonia Marín.

—Quizás días, quizás semanas, quién sabe —respondió labrado en un aire de ausencia que su mujer le desconocía.

Un día insolente estallaba sobre la quebrada Chaupihuaranga. Sin apurarse, montó. Trotó hacia la subida de Quencash. Viajó tres días. Amaneciendo el cuarto, sus ojos pequeños, recelosos, irritados, divisaron las tapias de la casa-hacienda Lauricocha. La neblina ocultaba aún los depósitos, los bebederos, los corrales interminables. Erguido, se aproximó al portón, descabalgó, atravesó el patio escamado de lajas. Arrieros impasibles se afanaban con la carga de llamas despectivas. En el borde de un poyo, un hombre de rostro saqueado por una mirada biliosa, bebía un jarro de café.

—Buenos días, don Raymundo. ¿De dónde bueno? — saludó el caporal.

—Dios te guarde, Sóstenes. ¿Se puede ver a don Germán? —preguntó el viejo fatigado de pronto.

—No creo, don Raymundo.

—Si está ocupado esperaré.

La cara de Sóstenes se nubló.

—No está ocupado: está muriéndose.

El viejo palideció.

—Yo conocí a tu padre. Era un hombre cabal. Sóstenes: necesito ver a tu patrón.

—Ya no recibe a nadie, don Raymundo.

El frío del viejo anheló el café humeante.

—¿Se sirve café, don Raymundo?

—No.

—Está caliente.

—Dile que estoy aquí.

—Se lo diré pero usted llega tarde, don Raymundo.

El rostro de Raymundo Herrera perdió sangre. Sóstenes se alejó. El viejo se agarró la cabeza y como si fuera ajena la golpeó contra el muro. Mareado, se sentó en una piedra. La bruma emigrante mostró a los hombres: insignificantes en la vastedad de los campos. Rebaños morosos atravesaron sus lágrimas. Cuando el repique de una campana lo

abstrajo de su quebranto, sintió la picadura del sol. Una vieja enlutada lo miraba con ojos lagañosos.

—Mi patrón quiere verte.

El viejo levantó su desesperación, siguió a la mujer que atravesó el patio, recorrió la arcada, penetró en un salón, camino pasadizos, señaló una puerta que exhalaba un olor dulzón. Tocó. Nadie contestó. El viejo la abrió persignándose. En la penumbra del dormitorio, sentado en un sillón, contra las ventanas que desairaban el aire, divisó un hombre consumido, jadeante, en quien no reconoció la altanería del hacendado Germán Minaya.

—Estoy llegando, señor Minaya —saludó.

—Estoy yéndome, Herrera —respondió el propietario.

—Respiraba mal.

—Cúmplase la voluntad de Dios, don Germán.

—El miedo se espantó en los ojos del moribundo.

—¿Vienes por el Título? —Se ahogó.

—Vengo por lo nuestro, señor Germán. ¡Pacto es pacto!

—Se cumplirá... ¡Sóstenes! —Silabeó apenas el hacendado—. Sóstenes: en nuestro troje hay un baúl de cuero negro. ¿Conoces?

—Conozco, patrón —contestó el caporal.

—En ese baúl hay un documento que interesa a este señor... Es suyo... Se lo llevará. En mi cómoda está la llave.

—¿Se le debe algo, señor Minaya?

—Ha comenzado el semestre. Me adeudan quinientos soles... —hipó el moribundo.

—Don Raymundo Herrera miró los escombros de arrogancia del propietario. Se inclinó. Sin prisa, Sóstenes lo guio hasta un desván casi tan vasto como la techumbre. Agachándose, lo condujo ante un baúl de cuero labrado.

—Este es.

—Entregó la llave, descendió por la escalera. El viejo esperó que su pasos se extinguieran, abrió el candado y levantó la tapa. ¡Una llamarada lo untó de oro! Más cegado por el asombro que por el miedo retrocedió. Protegido por

una pila de sacos de cebada observó que el incendio que tostaba la somnolencia de los trastos olvidados se amansaba en un fulgor soportable. Con regocijo, con terror comprobó entonces que lejos de ceder a la humedad del altillo donde había dormido cuarenta años el Título de propiedad de Yanacocha, brillaba peor que una generación de luciérnagas. Cuando convalació de la maravilla, y para que su resplandor no lo delatara, envolvió el Título en hule negro, lo sepultó al fondo de su alforja y partió. Para purificarse decidió no comer durante el regreso. Sin apuros se internó en las anfractuosidades de la cordillera Anamaray. El brillo de los rígidos nevados le rememoró la fatiga, la angustia con que el apoderado Ambrosio Rodríguez —en ese tiempo no existían personeros— palpando el final de su vida, había eludido a sus perseguidores y descendió a la hacienda Lauricocha el tiempo justo para proponerle al joven Germán Minaya su mejor negocio: la custodia del Título de Yanacocha.

3

BENEFICIOS DE LA TRANSFORMACIÓN DE UN RÍO EN LAGO

El Chaupihuaranga no era el único parálítico. Los ríos de Chinche también se detenían. Epifanio Quintana comunicó que el río Monserrat se atontaba al extremo de cubrirse de totora. Cecilio Lucano descendió de la hacienda Huarautambo con un cargamento de papas destinado a Cerro de Pasco: notificó que el río Huarautambo se alagunaba. Solo entonces sospechamos que algo sucedía en el agua o mejor dicho *debajo* del agua. No recuerdo quién dijo: «La viuda Félix es la culpable». Valgan verdades: no era la primera vez que la Félix *detenía* las cosas.

—Es la Félix.

—Hace meses que no sale de su casa.

—Está enferma.

—Ha viajado a conferenciar con Victoria de Racre.

—Ella es capaz de estar en dos sitios al mismo tiempo.

Una vez la vi cortando flores en la cueva de Umancantay y luego supe que el mismo día, a la misma hora, los Pastrana le vendían fetos de llama en Ondores —murmuró Juan Robles.

Pastrana nos regañó:

—El pueblo tiene la culpa. ¿Por qué desairamos a la Félix? Por negarle unas hilachas de carnero pagaremos ahora —dijo.

Durante los últimos carnavales, cuando nos preparábamos a desenterrar una gloriosa pachamanca, la Félix mandó decir con el Zoncito que «le mandaran urgentemente una alforja de carne asada». Isaac Carbajal replicó: «¡Si tu patrona quiere pachamanca, que cotice!». El recuerdo nos escarapeló. Yo, que transmití la insolencia, recordé la sonrisa zurcida del Zoncito.

—¿De dónde sacan tantas bellaquerías? ¿No se cansan? ¿El Opa Leandro los asesora? —nos interrumpió don Raymundo Herrera.

—¡Acuérdese de los Minaya, don Raymundo!

Usted mismo, señor presidente, palideció. Sentados en las bancas de la plaza aprovechábamos el sol del mediodía, el único que entibia las alturas. Metimos las manos debajo de los panchos bruscamente delgados. El nombre de los Minaya impuso el invierno. Esos desgraciados son la prueba de que la Félix *detiene* las cosas. La única desgracia de los Minaya es ser hijos de Baldomero Minaya, comerciante dedicado al contrabando y al cañazo, dos desgracias menores que su verdadera enfermedad: ser hermano de la Félix.

—¡Pobre don Baldomero!

—¿No sabía con quién se metía?

—¡Claro que sabía!

—Culpable o inocente, Baldomero Minaya cometió el error de disputarle un solar a la Félix. El padre les dejó cuatro lotes. Baldomero se negó a cederle Lechuza-pampa a su hermana. Eso no fue lo peor. En la discusión, ante el Juez de Paz Magno Valle. Baldomero Minaya le increpó a su hermana:

—¡Usted solo ambiciona Lechuza-pampa porque se apellida como sus amigas!